

ARMAS Y DESARROLLO*

Susana Cepeda

Hace mes y medio, al visitar un campo de refugiados en Etiopía, vino a mi mente una frase de Paulo VI. Estaba yo en las afueras de Makelle, una de las áreas más afectadas por la sequía de tres años. Quince mil personas se apiñan en tiendas de campaña y treinta y un mil duermen a la intemperie, muchas sin siquiera una colcha, en un desierto que es frío por las noches. Debido a la hambruna, la mayoría de las personas se reducen a hueso y pellejo. Los miles que vi no son sino una fracción de los 7 millones de personas que padecen hambre en Etiopía y de los 150 a 250 millones de africanos que podrían eventualmente ser afectados por la sequía y el hambre. Especialmente los niños. Ellos constituyen la mitad de los que mueren, y si continúan recibiendo sólo para cubrir sus necesidades calóricas, no las nutritivas, sobrevivirán para convertirse en adultos retardados. Un médico que con mucha fe y dedicación continúa su tarea, no teniendo ni siquiera suficientes aspirinas, nos confesó que ese día varias personas morirían porque él no disponía de agua para lavarse las manos.

CRIMEN DE LESA HUMANIDAD

Y observando la miseria a mi alrededor, circundada por nubes de moscas y bajo el calor del desierto, pensé que bastaría eliminar el sistema de misiles MX, que cuesta 26 mil millones de dólares, para resolver la situación de Etiopía, y entonces recordé lo que Paulo VI dijera en la Encíclica sobre el desarrollo de los pueblos (1976):

"Cuando tanta gente pasa hambre, tantas familias sufren en la indigencia... y las sombras de la ignorancia, cuando se necesitan tantas escuelas, hospitales, viviendas decentes, cada derroche público o privado, cada carrera armamentista, se convierte en un crimen escandaloso e intolerable. La más seria responsabilidad que tenemos exige que lo denunciemos abiertamente".

En la carrera armamentista se gastaron el año pasado alrededor de 700 mil

millones de dólares. Esto es, el equivalente de la deuda externa de los países del Tercer Mundo. Los recursos de nuestro planeta son finitos, y el usarse gran parte de éstos para alimentar el armamentismo, y no para contribuir al bienestar espiritual y material del hombre, constituye un delito de lesa humanidad.

Se ha estimado que con el dinero que se invierte durante seis meses en la carrera armamentista se podría eliminar el analfabetismo y proporcionar educación, vivienda y atención médica a todos los que lo necesitan alrededor del mundo.

No hay justificación moral para las condiciones degradantes producidas por la carrera armamentista.

El caso trágico de Etiopía, y toda África, no es único; es sencillamente una manifestación catastrófica —agravada por factores naturales— de la situación subhumana en que se encuentran las grandes mayorías en el Tercer Mundo.

La comunidad internacional cada vez reconoce con más preocupación este problema. El Banco Mundial señala que:

"Unos 570 millones de personas en los países en desarrollo están mal nutridos; 800 millones de adultos son analfabetos; 250 millones de niños no van a la escuela; 1.500 millones tienen escaso o ningún acceso a los servicios médicos... Gigantescos recursos son necesarios para resolver tales problemas globales como el alimentario, energético, de materias primas y ambiental". (Banco Mundial,

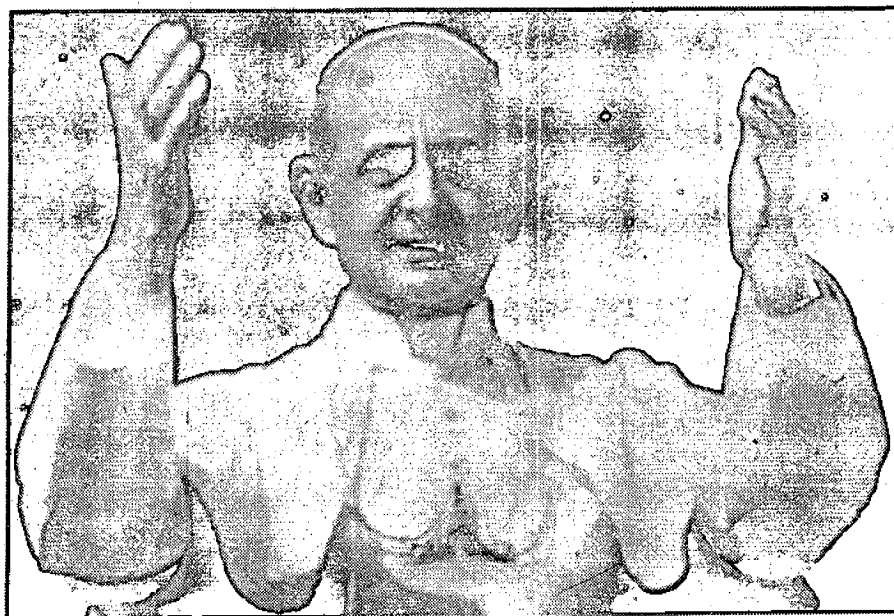
"World Development Report 1980", Washington DC, 1980).

Como respuesta a la gran disparidad existente entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado, la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó en 1974 la Declaración y el Programa de Acción del Nuevo Orden Económico Internacional (Resoluciones 3201 (S-VI) y 3202 (S-VI), Mayo 1974), en el que da pautas para corregir las injusticias proponiendo que se acelere el proceso de desarrollo del Tercer Mundo a través de la cooperación entre los estados. Es importante señalar que esta declaración se adoptó por consenso.

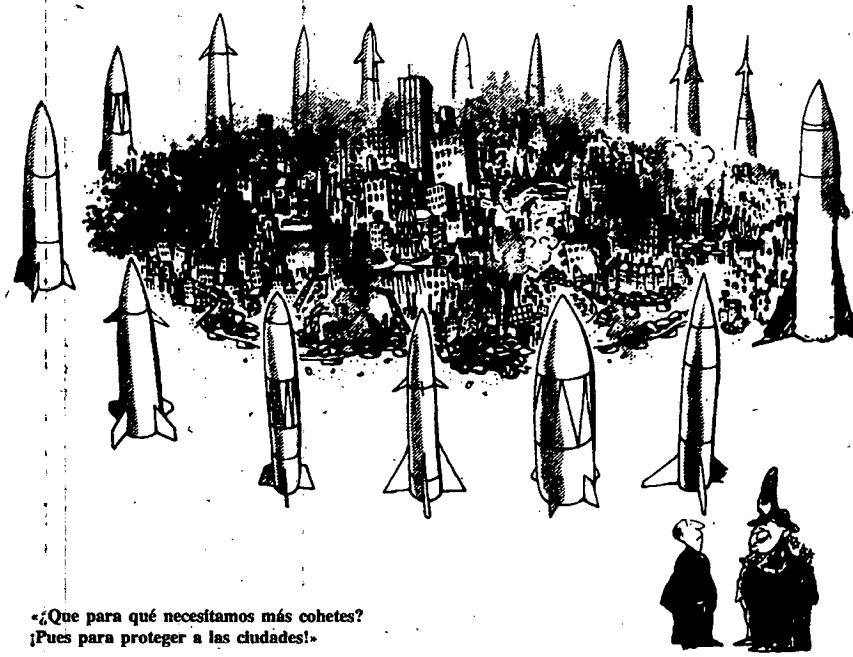
Sin embargo, mientras la pugna mortal que se alimenta con la carrera armamentista continúe, la cooperación entre las naciones parece sólo una utopía, y los recursos más importantes muchos de ellos finitos y no-renovables— continúan usándose no para mejorar la vida, sino para crear maneras cada vez más sofisticadas de matar.

SOCIALMENTE INUTIL

La industria militar es socialmente inútil. No produce ningún bien o servicio que mejore la vida material o espiritual de los seres humanos. Una vez producido el armamento, éste no genera nuevos productos o fuentes de ingreso; en el mejor de los casos permanecerá inactivo oxidándose en el peor, causa-



* "CARRERA ARMAMENTISTA DE LAS POTENCIAS Y DESARROLLO DEL MUNDO", conferencia pronunciada por la Dra. Susana Cepeda en las IV Jornadas Internacionales "Cristianismo, Violencia y Armamentismo en América Latina" — UCAB, Febrero 1985.



«¿Que para qué necesitamos más cohetes?
¡Pues para proteger a las ciudades!»

rá destrucción y muerte.

Estudios realizados por el Employment Research Association —Asociación de Investigaciones sobre el Empleo— señalan que “cada vez que se añaden mil millones al presupuesto militar desaparecen 10.000 puestos de trabajo en los Estados Unidos” (“The empty pork barrel” Marion Anderson, Employment Research Association). Este es el promedio de diferencia del número de trabajos creados por cada mil millones de dólares invertidos en la economía militar (no productiva), comparados con los trabajos creados por la misma inversión en el sector productivo de la economía.

Este estimado, además de ser un promedio, es bastante conservador y no incluye el efecto multiplicador —creando nuevos trabajos— que la diferencia de 10.000 salarios circulando en la economía podría tener.

Cuando se compara la diferencia de creación de empleos del sector militar con el de servicios públicos —tales como servicios médicos, educación, protección del medio ambiente— ésta alcanza la cifra de 51.000 empleos más. (United Nations, “The Relationship Between Disarmament and Development”).

La ONU también estima que la pérdida de trabajos puede ser mayor en el Tercer Mundo, ya que la economía militar, por ser de sofisticado nivel tecnológico, emplea personal altamente calificado; ignora al trabajador común y sobre todo a los desempleados crónicos.

Esoz trabajadores altamente calificados podrían utilizar sus conocimientos

y fuerza de trabajo para mejorar las condiciones de vida del hombre. Sin embargo, se dedican a perfeccionar métodos de destrucción y de muerte. Actualmente el 20 por ciento de los científicos e ingenieros del mundo (alrededor de 50.000 investigadores) y un total de 50 millones de personas laboran en la industria militar, número tres veces mayor que el de todos los profesores y médicos disponibles.

A la vez se usan cantidades importantes de minerales, petróleo y otras materias primas, muchas de ellas no-renovables y finitas, en la desquiciada carrera armamentista.

El desarrollo social y económico es imposible mientras se desperdicien nuestros recursos. El presupuesto militar de los EE.UU. se acerca a \$300 mil millones. Para financiarlo, el presidente Reagan ha recurrido a cortes de los servicios sociales y a un déficit presupuestario de \$200 mil millones. El déficit es motivo de seria preocupación para el país. La gran demanda de crédito que genera hace subir las tasas de interés, distorsiona y desacelera la economía, contribuyendo a la recesión económica. Esta, y los cortes presupuestarios a los servicios sociales, han cobrado muchas víctimas. En EE.UU., el país más poderoso de la tierra:

- Nueve millones de nuevos pobres se han añadido en los últimos cuatro años.
- Dos millones de personas no tienen vivienda o albergue. En Washington DC, la capital, varias personas muer-

ren cada invierno por dormir a la intemperie. Irónicamente, este año uno de ellos era un héroe de la guerra de Vietnam.

- 13 millones de niños viven en la pobreza.
 - 211 niños mueren semanalmente por desnutrición y falta de atención médica.
 - El 20 por ciento de los jóvenes negros e hispanos están desempleados.
- Una comisión presidencial reconoció que el hambre es un problema serio. No es raro ver a personas —especialmente ancianos— buscando desperdicios en los botes de basura.

El gobierno norteamericano continúa la espiral armamentista en nombre de la seguridad. Pero ¿quién se puede sentir seguro cuando hay hambre y miseria alrededor? El 45 por ciento de la población norteamericana temen salir solos en la noche a una milla de su vivienda. Existe una correlación directa entre la crisis económica y el aumento del crimen, del abuso contra los niños, de los problemas psicológicos...

Mientras el presidente Reagan lucha por ayudar a los contras y a los gobiernos represivos de El Salvador y Guatemala, corta a los pobres de EE.UU. servicios legales y médicos, ayuda estudiantil, almuerzos para niños indigentes.

Además de impedir el desarrollo, la carrera armamentista pone en peligro la supervivencia moral del planeta.

LA VIDA O LA MUERTE

Al reflexionar en la lucha entre el bien y el mal, el saber y la ignorancia, la luz y las tinieblas de que nos hablan las filosofías y religiones, reconocemos que esa lucha se ha agudizado hasta constituir una contienda entre la vida y la muerte que se da en muchos frentes y que incluye nuestra sobrevivencia como especie humana. A través de los arsenales nucleares existentes, por primera vez en la historia de la Humanidad, la destrucción del planeta y sus seres vivientes es posible.

La era nuclear se inició el 6 de agosto de 1945 cuando los Estados Unidos lanzaron una bomba atómica contra la población civil de Hiroshima. García Márquez reporta la narración del sacerdote jesuita Pedro Arrupe —rector del noviciado de la Compañía de Jesús en Hiroshima— posiblemente el único testigo presencial hispano de este crimen gigantesco. A seis kms. de distancia, la alcaoba del P. Arrupe

“fue invadida por una violenta tempestad de vidrios rotos, de pedazos



de madera y ladrillos. Un sacerdote que avanzaba por el corredor fue arrastrado por un horrible huracán... Y dice sencillamente que hay que imaginar el caos; donde había casas, solo se encontraban ruinas, y en la terrible crepitación del incendio y el humo y el polvo, era imposible ver o escuchar algo que recordara la presencia humana... Las enormes llamaradas de más de cien metros de altura impedían el acceso a la ciudad. Antes del mediodía comenzaron a desarrollarse fantásticos fenómenos atmosféricos... Un violento aguacero se desplomó sobre la ciudad y extinguió las llamas en menos de una hora. Después fue un tremendo huracán que condujo por el aire enormes troncos de árboles calcinados, ruedas de vehículos, animales muertos y toda clase de escombros... en pocas horas la ciudad había sido destruida por completo y sus habitantes reducidos a una confusa multitud de cadáveres y moribundos ambulantes... Los padres de familia estaban bajo los escombros de los hogares o de los establecimientos comerciales. Y los niños, todos los niños de Hiroshima, confundidos desfigurados y sin identificar; 50.000 niños estudiantes estaban muertos, heridos o agonizando en masa bajo los escombros de las escuelas. En Hiroshima había 260 médicos; 200 murieron instantáneamente a causa de la explosión. La mayoría de los restantes quedaron heridos. Los muy pocos sobrevivientes —entre ellos el P. Arrupe, graduado en medicina— no disponían de ningún elemento para auxiliar a las víctimas. Las farmacias, los depósitos de drogas, habían desaparecido bajo los escombros". (Gabriel García Márquez, "Crónicas y reportajes", Ed. Oveja Negra, p. 132-136).

En Hiroshima murieron instantáneamente más de 200.000 personas. Aún hoy continúan naciendo niños con de-

fectos congénitos como consecuencia de la radiación. La bomba que se lanzó sobre la ciudad perversamente llamada "little boy" en lenguaje orwelliano— tenía un poder de 15.000 toneladas de dinamita. En ese momento el arsenal nuclear mundial era de 3 bombas; hoy ha llegado a 50.000. Esa tremenda proliferación incluye un cambio cualitativo: de destruir una ciudad y 200.000 habitantes instantáneamente hemos pasado a poder ahora destruir el mundo y la Humanidad.

¿HAY EQUILIBRIO EN EL TERROR?

Debido a que existe un balance estratégico entre las fuerzas nucleares de EE.UU. y U.R.S.S., hay quienes sostienen que una guerra nuclear es poco posible. Consciente o inconscientemente, estas personas se suscriben a la doctrina de la disuasión del presidente Reagan y otros belicistas. Esta doctrina afirma que si nos armamos hasta los dientes, lograremos "disuadir" al opositor del uso de su poderío nuclear. Y se la usa como pretexto para continuar alimentando la carrera armamentista, ya condenada como crimen por el papa Pablo VI.

La palabra equilibrio tiene connotaciones de cordura. Nos cabe preguntar: ¿es posible encontrar equilibrio en la demencia diabólica de la carrera armamentista?, ¿podemos vivir en paz con nuestras conciencias cuando adjudicamos al terror la última palabra sobre la sobrevivencia del planeta?, ¿estamos acaso aceptando valores morales seriamente disminuidos?

El "equilibrio del terror" —además de inaceptable por inmoral y terrorista— es sumamente precario y continúa debilitándose. En círculos militares y del gobierno de los EE.UU. se lo conoce apropiadamente por sus siglas M.A.D. (Mutually Assured Destruction) que significan locura, rabia, insanidad. Confíanos en su capacidad para librarnos de una conflagración nuclear —a la luz del conocimiento actual— es irrealista e ingenuo, cuando no malintencionado y criminal. El curso sano de acción exige que —conscientes del peligro real existente— exijamos de los gobiernos que desmantelen sus fuerzas nucleares.

SEIS MINUTOS HACIA EL INFIERNO

Se ha dicho con razón que en una guerra nuclear los sobrevivientes enviarán a los muertos.

Las armas desestabilizadoras que se están produciendo actualmente nos

acercan peligrosamente hacia ese momento. Se las llama también "first-atache weapons" porque su objetivo no es el de defenderse sino el de atacar primero las fuerzas contrarias para aniquilar su capacidad retaliatoria. Es decir, tienen como meta la agresión inicial.

Entre estas armas se encuentran:

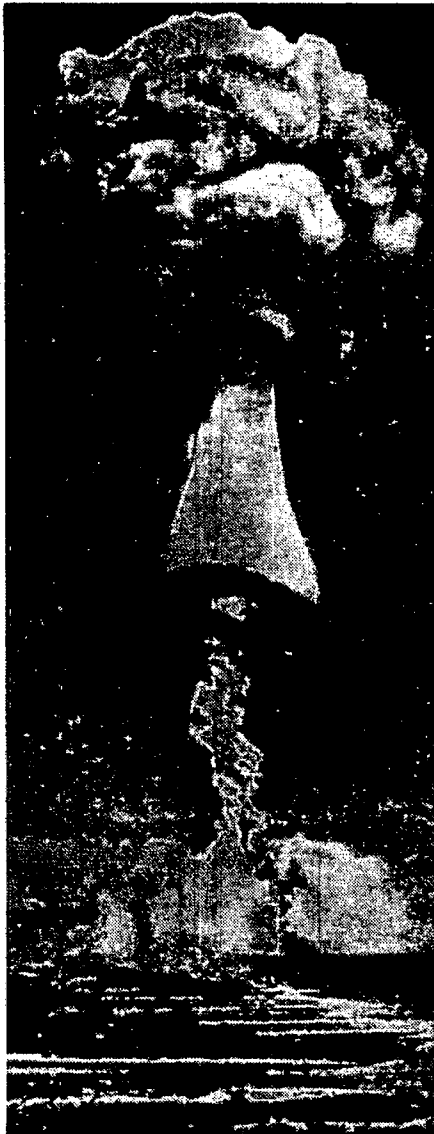
— Los proyectiles balísticos intercontinentales MX, objeto de grandes debates en el Congreso de EE.UU. Los últimos planes incluyen la construcción de 100 proyectiles, cada uno 300 veces más destructivo que la bomba de Hiroshima.

— Los proyectiles Pershing y Cruceros, instalados en Europa a pesar de la fuerte oposición popular. Los Cruceros pueden volar bajo radar y defensas aéreas, sin ser detectados. Ambos pueden destruir blancos clave estratégicos soviéticos, lo que aumenta el temor de éstos de que Estados Unidos se prepara para un ataque inicial. El Pershing rebaja a escasos 6 minutos el lapso entre disparo y explosión en el blanco. Los soviéticos han respondido colocando proyectiles nucleares en submarinos que merodean las costas norteamericanas, con el mismo tiempo de acción. Seis minutos es el tiempo con que cuentan los gobiernos para determinar si una alarma es real o falsa y retaliar o no. (Ed. Glennon, "Guide to the Military Budget, FY1985", SANE, 1984, Washington DC).

De interés especial para el Tercer Mundo es saber que un tipo de Cruceros, los Tomahawk, serán instalados en el buque New Jersey, que hace poco se usara en muestra de fuerzas en aguas centroamericanas. Desde la II Guerra Mundial, EE.UU. ha amenazado varias veces con usar armas nucleares, la mayoría contra el Tercer Mundo, incluyendo la crisis de los misiles cubanos, que en 1961 colocó al mundo al borde de la guerra.

Debido a la clase y cantidad de arsenales existentes se sabe que una guerra nuclear no podría ser limitada. Es posible que conflictos regionales convencionales que sean interpretados por las superpotencias como cruciales para sus intereses geopolíticos puedan escalar hasta convertirse en guerra nuclear.

Hay factores adicionales humanos y técnicos que preocupan a los científicos. Estudios sobre las personas que tienen a su cargo responsabilidades sobre armamentos nucleares —popularmente conocidas como con acceso a los "botones"— descubren que en dos años, de 1975 a 1977, cinco mil personas fueron removidas de sus puestos por problemas de enfermedades mentales, alcohol y abuso



de drogas. Se encontró también que tres personas no sólo consumían sino también vendían marihuana y LSD.

Las falsas alarmas —que indican que EE.UU. está siendo atacado y que ponen en marcha los planes de contraataque— no son escasas. De acuerdo a un estudio publicado por el Congreso norteamericano en 1980, para el que fueron comisionados los senadores Gary Hart y Barry Goldwater, sabemos que durante 18 meses en 1978 y 1979 se produjeron 151 falsas alarmas. Aproximadamente dos semanales.

Una de ellas, la del 9 de Noviembre de 1979, duró seis minutos.

EL INVIERNO NUCLEAR

Algunos de los científicos más renombrados del mundo —entre ellos Carl Sagan— han estudiado las consecuencias a largo plazo de un intercambio nuclear de 5.000 megatones, un tercio de los 15.000 existentes en la actualidad. Su

trabajo fue revisado por más de 100 eminentes físicos, científicos atmosféricos y biólogos norteamericanos antes de su publicación. Subsecuentemente también ha sido corroborado por científicos soviéticos y europeos que pintan un panorama aún más severo.

Se estudiaron nuevos factores anteriormente ignorados, especialmente los efectos de las grandes nubes de humo que se producirían como producto del fuego y las explosiones.

En síntesis, los científicos aseguran que el humo resultante obstruiría los rayos solares. En los primeros meses, la poca luz que se filtre no será suficiente para la fotosíntesis, las plantas no podrán crecer y se afectará toda la cadena alimenticia.

Contrariamente a creencias anteriores, el hemisferio Sur sería afectado seriamente. Los cambios climatológicos podrían causar la desaparición de las selvas tropicales y, por lo tanto, de la mayoría de los reinos vegetal y animal.

El clima descendería a niveles bajo cero, ocasionando el congelamiento de las fuentes de agua dulce en el interior de los continentes. Estos cambios podrían durar varios años. Obviamente, los animales y los hombres no tendrían agua para calmar su sed.

La eliminación de la capa de ozono ocasionaría exposición a los rayos ultravioletas, que suprimen los sistemas de inmunización y que pueden causar ceguera colectiva.

Alrededor de 300 a 1.000 millones de personas morirían instantáneamente y un número parecido sufrirían heridas graves que requerirían atención médica, en su mayoría no disponible.

Los sobrevivientes de una guerra nuclear se enfrentarían a un mundo radiactivo, congelado, de escombros, cadáveres y tinieblas.

Mientras los gobernantes continúan la macabra carrera hacia un precipicio nuclear, los pueblos del mundo levantan su clamor exigiendo un freno a las armas nucleares, respeto a la autodeterminación de los pueblos y reordenación de las prioridades nacionales a favor de la vida y no de la muerte. Manifestaciones multitudinarias se realizan en España, Gran Bretaña, las dos Alemanias, Checoslovaquia, Holanda, etc.

Son manifestaciones inmovibles de fe en el espíritu y destino humano que se dan también en EE.UU. El movimiento pro-paz —bastante pequeño después de la guerra de Viet-Nam— se ha multiplicado considerablemente desde

que, en 1980, Reagan subió al poder, precisamente porque se presiente un peligro creciente e inminente. La manifestación más grande de la historia del país fue la marcha pro paz de Junio de 1982 en Nueva York. Las organizaciones anti-intervencionistas, de solidaridad con Centroamérica y pro-desarmamento continúan creciendo. SANE, por ejemplo, ha continuado doblando su membresía en los últimos tres años. Las iglesias juegan un papel muy importante en todos los niveles del movimiento pro-paz, proporcionando muchas veces el liderazgo más valioso y valiente. Dos ejemplos recientes han sido la carta pastoral de los obispos norteamericanos, condenando las armas nucleares y el armamentismo, en 1982; y la campaña presidencial del Rev. Jesse Jackson en 1984 —financiada y apoyada en su mayoría por las iglesias negras— que se convirtió en el vehículo pro-paz más impotente de los Estados Unidos durante la contienda electoral. Resulta alentador saber que ésta va a continuar a través de la "Rainbow Coalition".

Voces de esperanza y reafirmación del espíritu llegan de muchas partes. El triunfo de la vida sobre la muerte fue celebrado en palabras memorables por García Márquez al recibir el premio Nobel:

"Un día como hoy mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: 'Me niego a admitir el fin del hombre'. No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que por primera vez desde los orígenes de la Humanidad el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora, que a través de todo el tiempo humano debió parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir. Donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra".

